

Apéndice D

Tras la pista del *Archaeoraptor*

Cuando surgieron las preguntas sobre la autenticidad del *Archaeoraptor*, uno de los fósiles presentado en el artículo «¿Tenía plumas T. Rex?», de noviembre de 1999, *National Geographic* le propuso a Lewis M. Simons, un veterano periodista de investigación, que indagara qué había sucedido. Este es su informe.

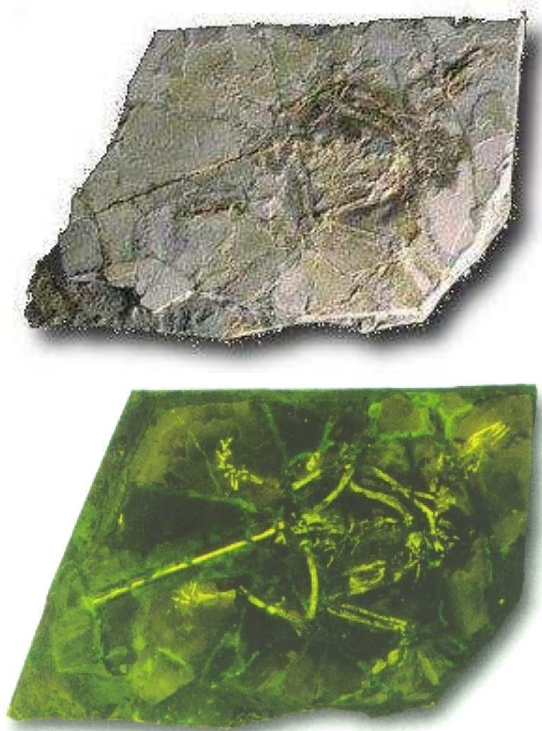


Figura D.1: Fósil del falso *Archaeoraptor*. Fotografía con luz natural y con luz ultravioleta, con la que destacan los huesos contra el mineral.

Su nombre, *Archaeoraptor liaoningensis*

Sloan, es casi tan largo como su cola, pero para mis ojos profanos aquellos huesos descarnados parecían los restos del pollo de la cena del domingo anterior. Sin embargo, para algunos paleontólogos eminentes que vieron el pequeño esqueleto era la clave que buscaban desde hacía tiempo de un misterio de la evolución. Para otros miembros de esta comunidad, con frecuencia hirsuta y decididamente individualista, era una broma de mal gusto. Y para Bill Allen, editor de *National Geographic*, fue un quebradero de cabeza enorme.

El pasado noviembre, la revista proclamaba que el descubrimiento del fósil en una empobrecida región del nordeste de China proporcionaba «un eslabón perdido en la compleja cadena que conecta a los dinosaurios con las aves», y se felicitaba de contribuir a financiar la investigación. Dos meses más tarde, cuando resultó que el fósil había sido hábilmente ensamblado con partes de diferentes criaturas, es decir, era un fraude, Allen pasó con rapidez de la sorpresa a la humillación y al enfado.

Cuando se calmó, el editor me pidió que intentara averiguar qué había pasado. «Consigue toda la información que puedas. ¿Cómo nos metimos en este embrollo? ¿Quién ensambló el fósil? ¿Cómo pasó de un agujero en el suelo hasta nuestras páginas? ¿Quién tiene la culpa? Que se sepa toda la verdad.»

Tras recibir carta blanca, recorrí zonas de China y de Estados Unidos, así como los pasillos de la sede de la Sociedad en Washington.

A partir de lo que vi, oí y leí, elaboré un breve informe sobre *Archaeoraptor*. Es un relato de

discreción y confianzas equivocadas, de choques de egos desproporcionados, autobombo, ilusiones, suposiciones ingenuas, errores humanos, terquedad, manipulación, murmuraciones, mentiras, corrupción y, sobre todo, de una pésima comunicación. Es una historia en la que ninguno de los personajes sale bien parado. Y al igual que a la propia estructura de huesos, a este informe le faltan, por fuerza, algunos fragmentos.

La historia empezó un caluroso día de finales de julio de 1997, cuando un campesino cavaba en una cantera de pizarra en Xiasanjiazi, en la provincia de Liaoning, en el nordeste de China, y extrajo una lámina delgada, de color de ante, cuya superficie era más o menos la décima parte de un metro cuadrado. Como muchos de sus vecinos, solía excavar en busca de fósiles, que a veces vendía a algún coleccionista o traficante de fósiles por unos cuantos dólares. Sin embargo, esta pieza era extraordinaria: contenía los huesos fosilizados de lo que parecía ser un ave, incluidos indicios de plumas y un pico con dientes diminutos.

Utilizó un pico y una pala y había roto la hoja al cavar. Algunas fracturas siguieron grietas laterales del plano del propio fósil, lo que dio como resultado lo que los paleontólogos llaman molde y contramolde, o parte y contraparte. Son reflejos exactos, algo así como una galleta Oreo separada en sus dos partes. Continuó excavando y a un par metros de distancia encontró una lasca más pequeña que contenía una cola rígida del tamaño aproximado de una aguja de ganchillo, un cráneo, un pie y otras partes. Este fósil también estaba dividido en molde y contramolde.

No sé cómo se llama el campesino, ni pude hablar con él. Cuando en marzo pasado visité Xiasanjiazi, ninguna de las personas que encontré admitió conocerlo. Prometí el anonimato, pero tenían buenas razones para no decir palabra. Un oficial de policía me explicó en Beipiao, capital de la comarca, que sólo pueden excavar los campesinos autorizados, y que deben entregar sus hallazgos a cambio de una pequeña remuneración. El que se queda con un fósil puede ser arrestado. En la cercana ciudad de Jinzhou, un juez me dijo que la pena puede ser de entre dos y tres años de cárcel, y en casos excepcionales, como cuando un

fósil sale de China de contrabando y se vende en el extranjero por decenas de miles de dólares, la ejecución.

El *Archaeoraptor* fue trasladado a Estados Unidos, donde se vendió por 80.000 dólares.

Así que lo que escribo sobre el campesino se basa en lo que vi en el pueblo y en las canteras, y en las respuestas a las preguntas que dejé para él al traficante que le compró el ejemplar.

En su vivienda de una sola habitación, el campesino puso aparte el contramolde de la cola, y pegó con una pasta casera el molde de la cola a la parte inferior de un cuerpo similar al de un ave. Con piezas del contramolde del propio cuerpo, y posiblemente otros fragmentos que había ido guardando, pegó las patas y los pies que faltaban. Consciente de que, a diferencia de los paleontólogos, los coleccionistas prefieren ejemplares ensamblados listos para ser exhibidos, el campesino siguió la economía básica de mercado.

El resultado fue «el eslabón perdido»: el cuerpo de un ave primitiva con los dientes y la cola de un dinosaurio terrestre pequeño, o dromeosaurio. Con el tiempo, la cola, y si pertenecía o no al lugar donde estaba pegada, sería más importante que el dinosaurio.

No puedo asegurar si el campesino creó un fraude de forma deliberada para ganar un dinero extra o si pegó de buena fe los fragmentos que pensó que iban juntos. Según sus respuestas a las preguntas que le hice a través del traficante, creyó entonces, y cree todavía, que «la cola pertenece al cuerpo [y] que se separó del cuerpo cuando quedó enterrada» hace más de 120 millones de años. Pero cuando la encontró debió haber visto que la cola estaba conectada a otro cuerpo.

El traficante, con el que hablé largo rato y cuyo nombre no revelaré para preservar su seguridad, fue el único personaje de la historia que no admitió ninguna culpabilidad. Dijo que compró el fósil al campesino en junio de 1998 e insistió en que ni entonces ni ahora sabía que fuera una falsificación.

No tengo la menor duda de que el traficante sabía que hacía contrabando, pese a que se esforzó en explicarme su modo de actuar ante la ley china. A través de un «socio» de un instituto cientí-

fico de la ciudad de Guilin obtuvo un papel con el título de «certificado», que hace constar que el fósil fue «adquirido legalmente» y que «es legal para ser exportado desde China» como parte de un «programa de intercambio de ejemplares».

La ley china de 1982 que prohíbe la exportación de cualquier fósil de vertebrado está ahora sometida a su sexta revisión, y el traficante sostenía que «por el momento no hay ley». Mientras las autoridades de Pekín insisten en que ningún fósil debe salir del país de forma legal, la realidad es que se sacan grandes cantidades, la mayoría de las veces mediante el soborno de los funcionarios locales.

El traficante vendió el *Archaeoraptor* a principios de febrero de 1999 en una exposición de gemas y minerales en Tucson, Arizona. El comprador, Stephen A. Czerkas, director de un museo de dinosaurios sin ánimo de lucro en la pequeña localidad de Blanding, Utah, me dijo que se quedó «pasmado» cuando le mostraron el fósil en la habitación del traficante. Sin dudar de su autenticidad, reunió los 80.000 dólares que pedían con una llamada a M. Dale Slade, un empresario de Blanding y patrocinador activo del museo.

Czerkas y su mujer, Sylvia, son artistas que crean figuras de dinosaurios a tamaño real, y algunas de ellas están expuestas en museos importantes de todo el mundo. Pese a que han escrito libros y artículos, ninguno tiene un doctorado. Es una cuestión delicada para ellos e irritante para algunos doctores en paleontología, quienes los descalifican por aficionados.

Los Czerkas y Slade previeron que el nuevo ejemplar se convertiría en la joya de la corona del Museo de Dinosaurios en Blanding. Pensaron que el fósil se convertiría en un imán para grandes multitudes de turistas, así como de investigadores serios. Aunque su sueño se vio frustrado, ni Slade ni los Czerkas han intentado recuperar los 80.000 dólares. El traficante me dijo que había hecho devoluciones e intercambios con anterioridad. «¿Para qué queremos que nos devuelvan el dinero? me preguntó Slade, incrédulo. Tenemos algo mejor que el dinero.» Según él, el fósil ha sido valorado en «entre un millón y un millón y medio de dólares», y su compañía se propone desgravarlo como

una contribución al museo de Blanding.

Más o menos una semana después de llevarse el fósil a casa, los Czerkas hablaron con un viejo amigo, Philip J. Currie, un reconocido científico canadiense del Royal Tyrrell Museum of Palaeontology en Alberta. La pareja quería que Currie se les uniera como coautor de un artículo que iban a escribir. A Currie le interesó. Como a menudo era asesor de la *Geographic* se lo mencionó a Christopher P. Sloan, director de arte de la revista. Sloan pensó que se podía dedicar un artículo al pequeño fósil.

Pero Currie y Sloan no querían comprometer el acceso a China de sus organizaciones al verse asociados con un ejemplar que las autoridades sin duda iban a considerar de contrabando. Convencieron con dificultad a los Czerkas para que, tras concluir el estudio, devolvieran a China el *Archaeoraptor* sin ninguna compensación para Slade. (El fósil fue devuelto el pasado 25 de mayo.)

A instancias de Currie, el director del Instituto de Paleontología y Paleoantropología de Vertebrados en Pekín, que recibiría el fósil repatriado, propuso que Xu Xing, un científico del instituto, pasara «entre tres y cinco meses» en Estados Unidos para ayudar a estudiar el *Archaeoraptor* y colaborar en el artículo científico. En realidad Xu, cansado por la diferencia horaria tras haber volado a Estados Unidos a petición de National Geographic, sólo dispuso de dos días para observar el fósil en Blanding antes de verse forzado a asistir a una reunión con los medios de comunicación en Washington.

Al saber que el fósil iba a ser devuelto a China, Currie se sintió con libertad para involucrarse de lleno, y Sloan obtuvo el consentimiento de Bill Allen para cubrir la historia. Los Czerkas y Currie, junto con Xu, se pusieron de acuerdo para escribir por primera vez un artículo y publicarlo en la prestigiosa revista científica *Nature*. National Geographic, que intenta tender un puente entre la ciencia pura y la divulgación, prefiere no revelar descubrimientos científicos sin que antes hayan sido evaluados con detenimiento por expertos. Al final, el esfuerzo por coordinar la publicación entre *Nature* y la *Geographic* fracasó, lo que contribuyó, en gran medida, a la publicación de

un artículo falso en esta última revista.

En un principio el artículo sobre el *Archaeoraptor* tenía que aparecer en la revista como parte de un reportaje más amplio sobre dinosaurios con plumas. Sloan, que se había encargado de la dirección de arte de numerosos artículos, pero nunca había escrito uno, había convencido a Allen para que le dejara redactar éste. La publicación se fijó para noviembre, seis meses más tarde, un margen de tiempo menor de lo normal.

La asociación entre Sloan y Currie estaba condenada al fracaso. Como escritor novato, Sloan cometió el pecado capital del periodista: supuso que, ya que la reputación de Currie era tan excepcional, no era necesario estar encima de él o cuestionarle. Más que en una fuente, Currie se convirtió en un colaborador. Peor aún, Currie estaba tan ocupado atendiendo sus compromisos en todo el mundo, que prestó poca atención al proyecto sobre el *Archaeoraptor*.

El 6 de marzo, Currie viajó a Blanding a cargo de National Geographic y examinó el fósil por primera vez. Hizo sonar la primera alarma. «Me di cuenta de que algo funcionaba mal porque no se podía ver una conexión entre la cola y el cuerpo me dijo, y las patas eran claramente molde y contramolde. Se lo comuniqué a Stephen y estuvo de acuerdo. Era obvio, podías medir los huesos y ver que estaban alineados.» Sin embargo, según los Czerkas, Currie sólo mencionó uno de los pies, pero no habló de la cola.

Cuando entrevisté a los implicados no paraban de surgir discrepancias de este tipo. Con una publicidad negativa aún cerniéndose sobre ellos, ahora recuerdan versiones muy distintas de lo sucedido. Con la perspectiva del tiempo, lo que entonces podía resultar confuso, ahora se percibe con claridad. Pocos aceptan la culpa y se acusan entre sí.

Habría más alarmas, pero como Allen había pedido que el proyecto se abordara con la máxima discreción, pasaron inadvertidas o no se informó sobre ellas. Allen dice ahora que si alguno de esos avisos hubiera llegado hasta él, habría suspendido el proyecto.

En una falta de responsabilidad muy perjudicial, Currie no le habló a Sloan de sus sospechas.

Dijo que dio por sentado que lo harían los Czerkas. Estos sostienen que no había ningún motivo para hacerlo. En mayo, Sloan visitó a los Czerkas y vio el fósil. Ávido entusiasta de los dinosaurios, pero no científico, Sloan estaba entusiasmado. «No cabía duda de que se trataba de un animal extraño me dijo, pero no tenía razones para sospechar que no fuera auténtico. Había trabajado con Phil durante años y él lo había visto.» Cegado por su alta consideración del científico, Sloan se abstuvo de interrogarle a fondo.

La participación de Currie fue clave para la implicación de National Geographic. En la preparación posterior del artículo, cuando Bill Allen dijo a sus editores que mantuvieran una confidencialidad estricta, Kathy B. Maher, la investigadora de la revista encargada de comprobar su veracidad, recuerda que no estaba preocupada «porque Phil participaba en el proyecto y yo confiaba plenamente en él». Ahora Currie reconoce que se equivocó. «Está claro que debería haber avisado a la Geographic personalmente y no confiar en que otros lo hicieran.»

El 2 de agosto, Currie tuvo un breve encuentro con los Czerkas en Austin, en el Servicio de TC por Rayos X de Alta Resolución de la Universidad de Texas, fundado por el profesor Timothy Rowe. Utilizando un aparato de grandes dimensiones, Rowe y sus ayudantes escanearon el fósil durante más de 100 horas y generaron una serie de fotografías que parecían mostrar numerosas fracturas: 88 piezas en total. Rowe, de aspecto robusto y maneras toscas, accedió a cobrar un precio rebajado de 10.000 dólares por los escáneres (que se pagaron con una subvención de National Geographic Society a Currie) a cambio de que se le incluyera como otro coautor del artículo.

Antes de que Currie entrara en el laboratorio, Rowe y los Czerkas ya habían revisado las fotografías. Según me dijo Rowe en febrero pasado, los escáneres revelaban que «la cola no tenía una conexión natural con el cuerpo», y esto se lo explicó a Stephen y Sylvia. «Fue duro, pero les dije que el fósil se había dañado seriamente y había sido mal recompuesto (de forma engañosa), y que cabía la posibilidad de que fuera un fraude. Les afectó mucho. En aquel momento yo no sabía que

habían invertido en él 80.000 dólares.»

No obstante, Currie recuerda que cuando entró en la habitación, «Stephen, Sylvia y Tim se habían puesto de acuerdo en que [el cuerpo y la cola] se correspondían». Sin embargo, en las horas siguientes se notaba que Rowe, al igual que Currie, no estaban cómodos con el acuerdo. Pero sucumbieron a la presión de los Czerkas. Si Xu Xing no hubiera encontrado el segundo fósil del campesino, Currie y Rowe podrían estar disfrutando hoy del *Archaeoraptor* y de la gloria compartida de los Czerkas. Pero en aquel momento se contentaron con expresar sus reservas en privado y nunca pidieron que sus dudas se reflejaran en el artículo. Stephen insistió en que avanzaran de forma rápida y que restaran importancia a sus diferencias, porque se acercaba la fecha límite impuesta por National Geographic, dijo Rowe. Esto era cierto, pero según Bill Allen, «si cualquiera de nosotros hubiera tenido la menor sospecha de que algo de esta magnitud era un error, lo hubiera detenido, aunque hubiese sido el mismo día en que la revista iba a la imprenta [el 19 de septiembre], incluso aunque nos hubiera costado 200.000 dólares».

La versión personal de los Czerkas sobre lo que pasó fue que los escáneres de TC de Rowe eran «inadecuados», que mostraban «menos de lo que era perceptible a simple vista» y que Rowe se estaba «valiendo» de la fractura entre la cola y el cuerpo «para justificar la importancia de su laboratorio». Un elemento clave en el desacuerdo entre Rowe y los Czerkas se centró en el ego y la personalidad: Rowe desdeñó a la pareja por sus «ansias de controlar» y su falta de educación académica, y ellos le acusaron de ser un «académico elitista, ambicioso hasta el punto de estar dispuesto a sacrificar a cualquiera».

Cuando Currie se marchó, un equipo de National Geographic Television llegó al laboratorio de Rowe con la intención de grabar al *Archaeoraptor* para un programa sobre dinosaurios con plumas. Nadie informó ni al equipo de televisión ni a Sloan, de vuelta en Washington, de las discrepancias que se acababan de producir. Rowe me comentó que, puesto que él era «sólo un trabajador contratado» y que la subvención de la Socie-

dad era para Currie, le debía a éste confidencialidad. Además, añadió, «ya sabes lo que le ocurre al mensajero que lleva malas noticias. No pensé que Stephen y Sylvia lo iban a ocultar». Segunda señal de alarma.

La primera semana de septiembre, Currie envió a Kevin Aulenback, técnico en fósiles del Museo Tyrrell, a Blanding para que «preparara» el ejemplar: un proceso muy laborioso que consiste en limpiar bajo el microscopio los huesos y retirar de alrededor la tierra de milenios para que los científicos puedan examinar mejor el fósil. Las cosas tuvieron un mal comienzo. Aulenback dijo que estaba seguro de que los fragmentos habían sido amalgamados, aunque no podía decir si pertenecían a un animal o a más. Enfadados, los Czerkas respondieron que su testimonio no era suficiente.

En el avión de regreso a Alberta, Aulenback escribió una memoria detallada y tajante de sus hallazgos y se la envió por correo electrónico a Currie, que por entonces se hallaba en el desierto de Gobi. En ella expresaba la conclusión de que el *Archaeoraptor* «es un ejemplar compuesto por al menos tres especímenes [...] con un máximo [...] de cinco [...] ejemplares diferentes». No se la mandó a los Czerkas. Tampoco nadie transmitió a Sloan esta tercera señal de alarma.

En Washington, Sloan recuerda que «únicamente esperábamos a que Stephen y Phil se pusieran de acuerdo sobre si el *Archaeoraptor* era una criatura capaz de volar. Una vez decidieron que sí, fui a ver a Bill y le dije: Tenemos algo muy bueno». Allen aceptó destacar el segmento del *Archaeoraptor* y ponerlo al comienzo del artículo.

Casi al mismo tiempo, el 13 de agosto, después de rehacer y revisar su artículo quizás unas veinte veces, los científicos lo enviaron a *Nature* por correo urgente desde Blanding hasta Londres, junto con otra copia para Sloan a Washington. El artículo se titulaba «Una nueva ave dentada con una cola parecida a la del dromeosaurio», y lo firmaban Stephen Czerkas, Currie, Rowe y Xu. En el primer párrafo se afirmaba que «el ave primitiva de China [...] es más derivada [...] que *Archaeopteryx*, el ave fósil más antigua conocida [...] posee extensiones alargadas similares a va-

rillas [...] que guardan un parecido extraordinario con las de los dinosaurios dromeosaurios».

En la segunda página el artículo destacaba, aunque sin alarma, que «se habían incorporado piezas del contramolde de la pata derecha al molde principal en el lugar de la pata izquierda [y] la cola pertenece probablemente al contramolde». Estos problemas se mencionaban más adelante en otra página.

Sloan reconoce que «en una visión a posteriori, deberían haber sonado las alarmas» cuando lo leyó. «Pero todos esos últimos meses lo releí y pensé: bien, parece que todos esos científicos piensan que no hay nada extraño. La verdad es que yo no vi ningún indicio de que la cola o cualquier otra parte fueran de otra criatura.»

En la quinta página, el artículo declaraba que la cola similar a la de un dromeosaurio en una criatura parecida a un ave sugería un elemento antes desconocido en la evolución de las aves a partir de los dinosaurios terrestres. Es decir, lo que Czerkas sugería a National Geographic que era «un eslabón perdido».

Para terminar, el artículo contenía una figura dibujada a mano del esqueleto, con la pata derecha, el pie derecho y la cola sombreados. La pata y el pie, decía la leyenda, «son elementos del contramolde que estaban pegados al molde principal. Creemos que la cola también fue pegada del contramolde».

Mientras el artículo viajaba hacia Londres, Henry Gee, el veterano editor de *Nature*, enviaba por correo electrónico un mensaje furioso a Barbara Moffet, del departamento de relaciones públicas de National Geographic Society. En él le decía que todavía no había recibido el artículo y que ya no era posible revisarlo con detenimiento para publicarlo en septiembre (tal como estaba planeado), antes de la presentación ante los medios de comunicación que la Sociedad tenía prevista para octubre y de la publicación simultánea del artículo de Sloan en la revista de noviembre. Gee mandó una copia a Rowe, Currie y Xu, pero no a los Czerkas.

El 14 de agosto, el día siguiente de que se enviara el artículo, Rowe respondió por correo electrónico a Gee a espaldas de sus colegas y de

Sloan. Escribió indignado que a él le habían «medido» en el proyecto; que no tenía «ni idea de lo mal que se había llevado todo el asunto»; y que «el espectáculo publicitario que los Czerkas's [sic] han intentado orquestar con [National Geographic Society] ha cobrado más prioridad que el proyecto, y ahora sólo espero que no haya [arruinado] por completo el aspecto científico». Aún así, decía, el *Archaeoraptor* es «un ejemplar muy importante», y por ello se unió «a este equipo tan asfixiante, y por lo que creo que voy a dedicar algunas horas más a intentar desenmarañar este lío».

Sloan reaccionó con sorpresa cuando le leí este mensaje. «Si Tim nos hubiera dado al menos algún indicio de su enfado en aquel momento, todo hubiera sido muy distinto», me dijo.

El 20 de agosto Gee envió un correo electrónico al «Estimado Dr. [sic] Czerkas», en el que decía: «No estamos preparados para considerar la posible publicación de este artículo en *Nature*». Gee no dio indicios de que el artículo fuera inadecuado o incorrecto, únicamente culpaba a National Geographic por no aceptar un retraso indefinido de la publicación a fin de permitir una revisión exhaustiva.

De la noche a la mañana, los científicos enviaron a toda prisa una versión sutilmente alterada de su artículo a *Science*, otra revista científica. Pero ésta encargó una revisión exhaustiva del artículo y luego lo rechazó tras argumentar que necesitaba más pruebas de las cualidades de ave del *Archaeoraptor*. Rehicieron el artículo de nuevo y *Science* lo volvió a rechazar. Otra señal de alarma.

Currie y los Czerkas siguieron asegurando a Sloan y a Allen, incluso después de que millones de revistas con el marco amarillo empezaran a salir de la imprenta, que el artículo sería publicado en algún sitio, aunque sólo fuera por el museo de Blanding. No fue así. De modo que, al faltar el respaldo científico que tanto había buscado, la Geographic se quedó sola.

Un acto de presentación para periodistas celebrado el 15 de octubre, y el propio artículo, aumentaron la publicidad del esperado «eslabón perdido», y prepararon el terreno para el resbalón de la revista. Los fallos empezaron a surgir ca-

si de inmediato. En una reunión de la Sociedad de Paleontología de Vertebrados, que tuvo lugar en Denver entre el 20 y el 23 de octubre, algunos científicos del reducido grupo que se opone a la teoría de que las aves proceden de los dinosaurios utilizaron el encuentro para menospreciar el artículo. Los rumores se extendieron. Rowe presentó un escrito sobre el uso del escáner de TC en fósiles y, de forma irónica, dado su correo electrónico previo a Gee, declaró: «Me encontré como autor de un artículo que nos fue devuelto diciendo que el ejemplar había sido falsificado. No estoy de acuerdo, pero ahora tenemos una herramienta para estudiarlo».

Storrs L. Olson, conservador de aves en la Smithsonian Institution y uno de los principales detractores de la teoría, criticó con dureza al *Archaeoraptor*. Una de las mayores preocupaciones de Olson, aunque no la única, tenía que ver con el esotérico proceso de asignar un nombre a un fósil, un privilegio que se suele conceder al autor del artículo científico que describe el ejemplar. En este caso, puesto que el único uso publicado del nombre *Archaeoraptor liaoningensis* apareció con el crédito de Chris Sloan en la Geographic, éste ganó, a falta de un adversario, la dudosa distinción. Su apellido se adjunta ahora al nombre científico completo, *Archaeoraptor liaoningensis* Sloan. Esta vergüenza adicional se podría haber evitado si el artículo se hubiera referido tan sólo a un «fósil sin nombre», me dijo Sloan.

Pero todos estos sofismas del mundo de la paleontología pronto se redujeron a una nota a pie de página. El 20 de diciembre, Xu Xing envió un correo electrónico a sus coautores y a Sloan en el que invalidaba la teoría del eslabón perdido. «¡Siento comunicarles malas noticias!», empezaba de forma poco propicia en un inglés forzado. Un contacto en Liaoning le había mostrado el contramolde de la cola del *Archaeoraptor* unida a un cuerpo de dromeosaurio. Xu pudo ver con claridad (igual que lo vi yo cuando me lo mostró un mes más tarde en su laboratorio de Pekín) que la impresión de la cola y un par de manchas amarillas de óxido de hierro que la flanqueaban eran reflejos perfectos de la pieza pegada al *Archaeoraptor*. «Estoy seguro al 100 % de que debemos

admitir que el *Archaeoraptor* es un ejemplar falso», decía Xu.

Todo el embrollo se derrumbó en un momento: National Geographic publicó una versión retocada de la carta de Xu en su número de marzo, en la que se cambió, a petición suya, «falso» por «superpuesto».

Los Czerkas quedaron abatidos, pero después se repusieron y mantuvieron sus esperanzas. Al final, el 4 de abril reconocieron su derrota cuando en una reunión de paleontólogos, en Washington, Stephen dijo que él y Sylvia habían cometido «un error sumamente estúpido». En aquel encuentro, organizado por la Sociedad para tratar de poner fin al fiasco, científicos independientes examinaron por primera vez, uno al lado del otro, el *Archaeoraptor* y el segundo fósil de Xu. Su conclusión fue que, sin duda, la cola pertenecía al segundo fósil.

Philip Currie, con la vergüenza reflejada en el rostro, dijo que haberse involucrado en la historia del *Archaeoraptor* fue «el mayor error de mi vida».

Tim Rowe se sintió justificado y reivindicó que sus escáneres habían demostrado desde un principio que el fósil era una falsificación.

Chris Sloan temía haber causado un gran daño a su credibilidad en la revista. «Pensé que iba a dar más de lo que se esperaba de mi trabajo y resulta que estaba aportando un monstruo.»

Y Bill Allen dice que ha aprendido la sabiduría de un refrán que los científicos comparten desde hace tiempo. «Las declaraciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias. Teníamos una declaración extraordinaria, pero pruebas muy ordinarias.»

Publicado en National Geographic, ed. española, octubre 2000, 112-6.